CAPITULO VII

LA DIMENSION TEMPORAL

Tiempo y política educacional

Los problemas vinculados al cambio y a la transformación que enfrenta la política educacional tienen también un referente importante en la idea del tiempo, puesto que *tiempo, transición y cambio son nociones inseparables*. Solo varían el grado y la amplitud de los cambios y de las transiciones en períodos determinados de tiempo.

En efecto, para algunos autores el pasado y el presente se superponen y configuran las denominadas "capas históricas" o "tiempos acumulados que pueden percibirse a lo largo de la historia". Por ejemplo, las idealizaciones del pasado se oponen a la realidad de la masificación y globalización y rechazan el futuro orientado exclusivamente por la tecnociencia, la informática y las revoluciones científicas. En este sentido, se afirma que "un pasado puede ser tanto el modelo de un futuro reivindicado por nostálgicos conservadores como por revolucionarios románticos" (F. Ainsa). Pero como no se trata de un transcurrir lineal y simple, sino de un desarrollo que responde a intereses, proyectos y orientaciones concretas, lleva en sí los gérmenes de tensiones y conflictos. Las intermitencias de los segundos reemplazan al fluir del tiempo y los valores de duración y espera se sustituyen por el instante y la exactitud (A. Wassef).

Puede ser interesante recordar aquí algunos puntos de vista acerca del problema del tiempo, que conviene tener en cuenta por su vinculación con los temas y propuestas de la política educacional, según sostiene Wassef -

- El tiempo considerado *portador de cambios*, sobre todo a partir de la Ilustración y el positivismo.
- Las nuevas ideas acerca del progreso, que definen *al futuro como un presente de signo positivo* por su constante desarrollo. El progreso se afirma en la educación y en la voluntad de los pueblos.
- Los intentos de una ruptura definitiva con el pasado para construir un futuro en que nada podrá ser como antes.
- El concepto de *futuro acelerado* y su propuesta de integración de la conciencia individual del tiempo en un tiempo común. Es un *tiempo colectivo* cuyo futuro se aleja cada vez más de los intereses y de los proyectos personales.
- Los planteos de un *tiempo en crisis*, fruto de un pensamiento todavía encadenado a la idea de un tiempo que se acaba.
- La *tentación de lo infinitesimal* que acosa al hombre contemporáneo y lo envuelve en una red de ritmos temporales, simultáneos y distintos.

- El tiempo convertido en un *valor de cambio*. Sus unidades estables facilitan la compra y la venta de "parcelas de actividad. El tiempo es un conjunto perfecto y acabado de comportamientos que deben llenarse de una manera óptima y lo más rápido posible.
- El *consumo desenfrenado del presente*, que ocupa el lugar de la esperanza en el futuro.
- Por último, las inmensas posibilidades de almacenamiento de la información, que parecen sostener "un cierto determinismo" en el sentido que "todo está ahí", en la cibernética, en la informática, en la realidad virtual. El futuro dependería, entonces, de *posibles preexistentes*: "pasado y futuro se toman presente compuesto".

El tema del tiempo ha sido abordado, pues, desde distintas perspectivas, pero en relación con la política educacional tiene dos aspectos principales: el de la *utopía* y el de la *prospectiva*. El tiempo casi no cuenta en las propuestas utópicas y es fundamental para los proyectos de prospectiva, que establecen sus etapas teniendo en cuenta, además de otros elementos, la necesidad de evaluar resultados en plazos preestablecidos.

Utopía, prospectiva y política educacional

En sentido amplio y generalmente aceptado, la *utopía* es un proyecto o *ficción ideal*. Su contenido es una propuesta para *modificar todas las áreas, niveles y elementos* de un orden social determinado, entre ellos el carácter de las instituciones, los sistemas de valores, la distribución del poder, el prestigio y la riqueza, los contenidos de la cultura y de la educación, etcétera.

La utopía presupone, entonces, una crítica explícita al orden social que pretende reemplazar. Horkheimer señala que ella tiene dos caras: por una parte, critica la realidad existente y, por otra, intenta representar la nueva realidad que debe ser. Pero su fuerza y su significado fundamental se apoyan en la primera de tales facetas.

Sin embargo, como sucede con los términos cuya carga histórica es importante, también a la utopía se le atribuyen significados distintos y hasta contradictorios respecto del original, el de Tomás Moro, quien la definió en el siglo XVI con la expresión "en ninguna parte".

Con el tiempo han sido innumerables los intentos para alcanzar un significado unívoco, tal vez porque, como señala Dahrendorf, "para la mayoría de los autores Utopía tiene un pasado nebuloso y ningún futuro. Se presenta de repente y se quedará ahí, en medio del tiempo, o en algún lugar más allá de las representaciones comunes del tiempo". Este autor ofrece uno de los análisis más interesantes sobre el tema al afirmar que todas las utopías "desde el Estado platónico hasta el hermoso 1984 de Orwell, tienen un elemento común: son sociedades en las que falta la evolución". Se trata de sociedades - si es que pueden considerarse tales - que aparecen aisladas de las demás; son construcciones *monolíticas* y *homogéneas* que se separan del mundo exterior para proteger la inmovilidad de su estructura social.

Como utopía significa "en ninguna parte", las propuestas utópicas carecen de referentes en la realidad. De allí se desprende que "quien construye su mundo en ninguna parte,

tiene la ventaja de pasar por alto los lugares comunes de la realidad". Las utopías proponen *alternativas completas*, es decir, sociedades cerradas, terminadas e inmóviles, que - aun cuando no existen en ninguna parte - intentan ser "un contraproyecto de las realidades del mundo en el cual vivimos". Por eso la causa última de las propuestas utópicas es casi sin excepción la condena de las sociedades existentes.

De allí que la tentación de las utopías sea tan fuerte, como también señala Dahrendorf, sobre todo porque los hombres tienen una tendencia peligrosa a la seguridad que ofrece un mundo cerrado y protegido por un férreo sistema social, por un sistema educativo monolítico y por una estructura política inmovible. "Es el paraíso hallado: los utopistas tienen respuestas para todo."

Dicha pretensión no es más que una ficción porque este es un mundo de incertidumbres y porque, al no conocerse todas las respuestas, han de surgir conflictos acerca de valores, ideas y posiciones políticas. En consecuencia, las claves para las soluciones no están ni en un "detallado plan maestro de libertades" ni en una "concepción alternativa completa", pues son propuestas que seguramente desembocarán en modelos de sociedades cerradas.

De allí la necesidad de buscar las respuestas en el marco de los principios y reglas de alcance general, para conciliar en ese encuadre las diferencias de interpretación y de enfoque garantizadas por las sociedades democráticas. Porque en tales diferencias tienen su origen los proyectos y las realizaciones concretas, muchos de los cuales compiten entre sí y se ofrecen como alternativas de cambio. Para Dahrendorf, en el juego de estas competencias se hace la historia y se consolidan las sociedades abiertas.

Otro aporte interesante es el de Herbert Marcuse, quien considera probable, de acuerdo al pensamiento de Maffey, "el fin de las utopías" puesto que en la actualidad las transformaciones sociopolíticas y culturales son mucho más que una expresión de deseos o un proyecto inviable. Lo utópico sería, únicamente, cualquier intento de transformación social que contradijera las leyes científicas "realmente determinadas o determinables".

Por su parte, el enfoque de Mannheim considera que la mentalidad utópica no solo se opone a la realidad social, sino que también pretende romper todo tipo de vinculación con el orden existente. Se trata, en este caso, de una *ideología* que se concreta en las actitudes y en las conductas de los grupos sociales que la sustentan, y que dirige sus acciones a aportar elementos ausentes de la realidad social cuestionada. Y también Mannheim en el año 1929 reconoció "la posible desaparición del elemento utópico", reemplazado por una "probable evolución pacífica" hacia formas sociales capaces de ofrecer estados de bienestar crecientes.

Desde un punto de vista diferente, Maffey anuncia como probable la "realización de utopías" por medio de cambios y transformaciones determinados por "saltos biológicos" - naturales o impuestos - o por condicionamientos de la conducta. En tal caso, la alquimia de la evolución" forzaría parte de la magia de la revolución" y de la fe del utopista".

También desde distintas tendencias y con una visión más positiva del problema, se sostiene que la utopía debe definirse, en primer lugar, como "el mejor de los mundos

posibles" y no como "el mejor de los mundos pensables". Gilbert Leclerc señala que si bien ninguna utopía ha logrado un triunfo completo, y en ese sentido cabe decir que su historia es una larga sucesión de fracasos, también puede afirmarse que es una historia jalonada por los éxitos de muchas realizaciones inspiradas en propuestas utópicas. Así, la utopía no sería tanto un instrumento de acción como "uno de los motores de la acción".

No obstante, a pesar del innegable atractivo de las utopías, cuando se analizan estas y otras de sus innumerables interpretaciones parece difícil encontrar en ellas un punto de partida o una propuesta clara para elaborar los presupuestos y las propuestas de una política educacional realista. Una política educacional fundada en un proyecto utópico no tendría ni plazos a cumplir, ni exigencias de evaluación, ni rendición de cuentas, ni posibilidades de reforma.

La *prospectiva* es, al contrario de la utopía, un instrumento interdisciplinario y anticipatorio de realidades educativas, propio de la política educacional sobre todo cuando, frente a un diagnóstico sociopolítico y cultural, se proyectan estrategias de cambio. Gastón Berger acuñó el término prospectiva en la década del cincuenta para designar un *método de investigación y una actitud frente al futuro*. Se trata de tomar como punto de partida un enfoque realista, apoyado en investigaciones y análisis de hechos concretos, para proyectar el futuro deseado y comenzar a construirlo desde el presente.

La función de la prospectiva no es, entonces, prever un porvenir probable sino ir mucho más allá: *ofrecer los medios para hacer reales y efectivos los proyectos de futuro*. La posibilidad de prever ciertas direcciones por las que transitará el futuro permitirá orientar su evolución, deteniendo o apresurando los acontecimientos que pudieran influir en el desarrollo esperado. Para lo cual, la prospectiva elabora *modelos de futuro*, cuyo eje puede ser un valor a realizar, un fin a conseguir, un proyecto a llevar adelante o una idea fuerza.

La idea de construir modelos alternativos con datos del presente se afirma, entre otros, en elementos tales como las tendencias ya afianzadas en la realidad social, que configuran *los signos de los tiempos*, y los denominados *hechos portadores del porvenir*.

Los *signos de los tiempos* surgen de una serie de datos obtenidos de la realidad y cuyo desarrollo puede preverse con aceptables márgenes de error. En términos generales, responden a las características de la evolución demográfica, del ritmo del progreso técnico, de los procesos de urbanización, de la inmigración, de las migraciones internas, de la vigencia de ideologías y tradiciones, de las creencias religiosas, de los medios de vida, de la estabilidad de los ordenamientos jurídicos, de la globalización creciente, etcétera.

Los *hechos portadores del porvenir* se perciben con mayor dificultad pues son realidades todavía latentes, aunque encierran grandes probabilidades de proyección. Entre ellos cabe señalar los efectos - positivos o negativos - de los adelantos científicos y técnicos; la lucha por el afianzamiento de nuevas naciones, nacionalidades y etnias; la difusión de las nuevas técnicas del aprendizaje y de la informática; la aplicación de la interdisciplina en áreas cada vez más numerosas; la creciente complejidad de la sociedad, las relaciones sociales y la cultura; etcétera.

Es oportuno recordar aquí un párrafo de *Estudios del futuro*, de Joseph Hodara, en el que se destaca una serie de elementos que deben confluír para un diagnóstico acertado y su propuesta prospectiva:

- La visualización no solo de las opciones, sino también de los *umbrales de ruptura*, entendidos estos como las posibilidades de cambios cualitativos.
- La neutralización de sorpresas, detectando *eventos precursores*.
- La elaboración de *planes de reserva* que puedan ponerse en marcha cuando los acontecimientos muestren "giros irregulares y no recurrentes". Se trata de propuestas provisionales que deben tener en cuenta los nuevos paradigmas con el objeto de orientar los cambios para que la prospectiva no sea solo una simple proyección y desarrollo de las tendencias existentes.
- La definición clara de las *prelaciones* y de la flexibilidad y capacidad de reacción de los sistemas educativos vigentes.

Si bien construir modelos de futuro no es una tarea fácil, la política educacional puede encontrar en la prospectiva un instrumento idóneo para elaborar sus estrategias. Por otra parte, como afirma Ricardo Díez Hochleitner, rechazar la reflexión prospectiva supone limitarse a actuar dentro de un horizonte recortado esperando que surjan problemas de envergadura que exijan soluciones más complicadas y costosas.

En la *investigación prospectiva* de la política educacional convergen, por decirlo así, sus fundamentos antropológicos, sociales, culturales y éticos para apoyar, junto a la interdisciplina, la elaboración de proyectos viables y coherentes. Y para identificar los nuevos marcos de referencia, de acuerdo a los probables *escenarios alternativos* de las futuras sociedades.

Además, es preciso que sus investigaciones y propuestas abarquen no solo la educación formal, sino también el ámbito cada vez más amplio de la enseñanza no formal. Para hacerlo es conveniente tener en cuenta los grandes problemas recurrentes:

- La necesidad de elaborar fines y objetivos concretos, realistas y capaces de satisfacer exigencias futuras.
- La tensión entre la enseñanza anticipativa y los contenidos tradicionales de la educación.
- Las modalidades y los métodos de la enseñanza en sus relaciones con el desarrollo tecnológico y sus instrumentos.
- La democratización de la enseñanza y los problemas del acceso y de la igualdad de oportunidades.

- El aumento de la participación de asociaciones intermedias, padres y docentes en las decisiones de la política educacional.
- El surgimiento de nuevas profesiones y los cambios de profesión.
- El replanteo del proceso de enseñanza-aprendizaje.
- El ritmo de los cambios y la explosión de conocimientos, que han reducido los tiempos de adaptación de los sistemas educativos.
- Las tensiones entre conocimientos generales, conocimientos especializados y globalización.
- La diversidad de contextos culturales que contrastan con el ámbito cultural y educativo de la escuela.
- El mito de la homogeneidad cultural lograda por la cultura mediática.
- La variedad de lenguajes propios de la cultura tecnificada, etcétera.

La investigación prospectiva deberá elaborar un diagnóstico sin concesiones de la realidad social, educativa y cultural que le permita determinar las futuras necesidades de la educación. En este sentido, también se ha dicho que al establecer las orientaciones y las finalidades generales de la política educacional, "se está prefigurando, de hecho, una visión de la sociedad a largo plazo, ya que una opción de futuro en materia de política educacional, es también una opción respecto del futuro de la propia sociedad" (R. Díez Hochleitner).

Una tendencia generalizada parece ser aquella que elabora las propuestas prospectivas de acuerdo a los criterios que dan prioridad a la "educación permanente" como la respuesta más viable y eficaz a la exigencia de vivir en la transición y en el cambio. En efecto, el ritmo y el sentido de los cambios aceleran la "depreciación del saber", de manera que es necesaria una política educativa flexible que permita "aprender y volver a aprender" durante todo el transcurso de la vida en actividad (G. Gozzer).

Finalmente, atribuyendo a la prospectiva lo que Leclerc sostiene con respecto a la educación del mañana, puede decirse que, en primer lugar, la prospectiva "necesita de la imaginación", para elaborar modelos verdaderamente nuevos y adecuados a las exigencias cambiantes de los hombres y de la sociedad, y que, en segundo término, necesita de la "razón, para separar lo fantástico de lo imaginado" y traducir en acciones concretas lo que sea viable. Con palabras de este autor, "ir hacia la realidad pasando por el acto creador".

Se trata, así, de *integrar educación, cultura y ciencia* en una sociedad compleja y cambiante, y de elaborar una política educacional que no se reduzca a incorporar técnicas, métodos e instrumentos de "nueva generación", sino que esté al servicio de la persona, su ética y su trascendencia.

La tarea prospectiva de las investigaciones en educación, que en última instancia se resuelve en una orientación de las conductas personales y sociales, depende básicamente del carácter de las instituciones educativas y de las tendencias de la política educacional que determinan los *futuros deseados*. Es una tarea de *apertura de posibilidades*, con el objeto de analizar las alternativas que ofrezcan nuevos elementos para transformar, construir o afianzar la realidad educativa.